

## **Tirano Banderas y Los de abajo, dos novelas sobre la revolución mejicana**

**A** Sí como el bolcheviquismo, período de gestación y de convulsiones trágicas, transformó la sociabilidad rusa y, lógicamente, dió a sus artistas una nueva modalidad y un nuevo objetivo estético, así las revoluciones de Méjico han muerto la tradición clásica y un nuevo arte ha surgido de este torbellino de sangre y de pasiones políticas. Ivanov, Fedin, Babel, los escritores de la revolución rusa, son breves y sintéticos. En sus libros entrecortados, fulgurantes, parecen reflejarse los rápidos trastornos que, diariamente, sufrían los hogares y las aglomeraciones humanas.

En los escritores de Méjico, por el fenómeno de imitación tan común en la América del Sur, el trastorno es menos visible, pero no por eso deja de notarse claramente. Este deseo de renovación se advierte, sobre todo, en la poesía. Creacionismo, futurismo, postumismo, retuercen y dislocan los nervios de un millar de poetas modernistas.

En la novela, la evolución es más lenta y, por lo mismo, de mayor consistencia estética.

Dos novelas han llegado hasta nosotros cuyo tema es la revolución y cuyos personajes son revolucionarios.

*Tirano Banderas*, del novelista español Valle Inclán, que vivió algunos años en Méjico, y *Los de abajo*, del escritor Mariano Azuela, médico mejicano que tomó parte activa en la revolución de 1910.

Ambas novelas se completan y, hasta cierta punto, la segunda

es una continuación de la primera. Esta coincidencia es muy explicable.

Valle Inclán vivió, sobre todo, en la ciudad. *Tirano Bandejas* pinta las algaradas en las calles, los choques sangrientos entre los *pelaos* y los *gachupines* (españoles) que defendían sus tiendas y agencias. El campo, en la novela del escritor español, figura incidentalmente. Aparece lejano, inabordable, como una visión de cordilleras nevadas, en un cielo incendiado.

Azuela, en cambio, huye de la ciudad para incorporarse, como médico, en la partida de Domingo Macías, un rancharo, enemigo del Gobierno. Los revolucionarios recorren los campos, los poblachos y apartadas provincias. Méjico, el gobierno, el tirano mismo, aparecen envueltos en brumas. No se ven.

Como es natural, el libro de Azuela es más auténtico, más mejicano que el de Valle Inclán, cuyo papel es sólo el del novelista, profundamente interesado en el fenómeno.

Vamos a analizar ambas novelas.

El crítico español Ricardo Baeza celebra con entusiasmo el rejuvenecimiento de Valle Inclán. Yo diría, más bien, la maduración del novelista.

Valle Inclán se caracterizaba, hasta hace poco, por la brevedad de sus relatos, sean cuentos, novelas o comedias bárbaras, según su calificativo. Estas novelas, digámoslo con menos eufemismos que el Sr. Baeza, eran muy interesantes, pero excesivamente estilizadas. No había en ellas realidad, ni menos una filosofía de la realidad. Ni siquiera podría llamárselas novelas sino poemas, escritos en una lengua musical, con un sabor ligeramente anticuado. El oro puro de un vocablo, tal vez desarraigado de la planta gallega con refinada intuición de lingüista, era a modo de broche de sus períodos acompañados y arcaizantes.

La obra de Valle Inclán parecía ya hecha, pues no pueden tomarse en cuenta los ensayos teatrales y novelas cortas publicadas posteriormente. El deseo de hacer prosa moderna, elíptica, para no disgustar a los vanguardistas con quienes con-

servó muy buenas relaciones, lo había hecho perder su cualidad primordial: la euritmia de su prosa netamente castellana.

*Tirano Banderas* nada tiene de estilizado ni de arcaizante. Es un fresco de colores vivos, por donde pasa, como un rayo del trópico, la bandera roja de la revolución. Estamos muy lejos del satanismo de las *Sonatas* o de la fuerza primitiva de las *Comedias bárbaras*.

Valle Inclán se acerca, en este libro sobre América, a los realistas. Objetiva es la anotación del medio ambiente de la República de Santa Fe de Tierra Firme (Méjico) y objetivos son los trazos rápidos con que se yerguen y aclúan y viven los innumerables personajes que pueblan las páginas de su libro.

Y se comprende el milagro. El espíritu de síntesis, en primer término, ejercitado en veinte novelas, el acopio de observaciones directas, recogidas por Valle Inclán durante su estada en América, en contacto con el alma popular, la imparcialidad del que es espectador de un suceso y, sobre todo, la pupila intra-cerebral del novelista recogiendo todos los matices que pudieran servirle para levantar su edificio artístico.

La figura central de la novela es el general Santos Banderas, a quien sus adeptos llaman el glorioso pacificador de Zamalpoa. Valle-Inclán lo retrata físicamente en dos frases:

Hablaba meciendo la cabeza de perganino. Su mirada, un misterio, tras las verdosas antiparras.

No se advierte ensañamiento alguno en la caracterización del soldadote aventurero, en cuyo cerebro simplista se ha arraigado, como un cactus en la arena, la idea del orden interior, de la disciplina total de la república.

A pesar de su raigambre azteca, no tiene fe en su raza. El indio, para él, es refractario a toda disciplina, a todo esfuerzo organizado y productivo, y para reducirlo a la paz, no hay otro medio que el terror. Sólo con el látigo enarbolado (y esto quiere decir fusilamientos, cárceles y destierro) puede dejar e

fusil aventurero y volver a la vida normal en campos y ciudades.

Frente a él, y admirado por él, la figura de don Roque Cepeda, el *ameritado*, según su expresión, tiene un poderoso relieve de rectitud y alteza moral.

Un periodista mejicano asegura, en una nota preliminar a la edición española de «Los de abajo» que es la única novela, fruto de la revolución mejicana.

Seguramente G. Ortega no conoce a *Tirano Banderas* o finge no conocerlo. Como realización artística, la novela de Valle Inclán está muy por encima de *Los de abajo*, que no es una novela, en el sentido estricto de la palabra, sino el diario de un testigo ocular de las andanzas de un guerrillero, llamado Demetrio Macías.

Hay en el libro de Azuela mayor acopio de observaciones directas y la terminología típica es más rica y, lógicamente, mucho más auténtica.

Demetrio Macías representa al guerrillero afortunado y desdénoso. Lleva en su sangre y en los rasgos afilados y cobrizos de su cara la terquedad melancólica del indio serrano. A poco que se piense en él, su figura se agranda y toma las proporciones del símbolo. Se piensa en Villa, en Obregón, en Zapata, el reivindicador agrícola. Y se piensa en los demás países de América, en la historia de cada uno de los cuales algún guerrillero popular evocará la figura de Macías.

Estos soldados luchaban por instinto. Luchaban por la guerra misma. Muy obscuramente vislumbraban, los más inteligentes, que la revolución traería tranquilidad para el cultivo de las tierras abandonadas y una resistencia organizada a la avidez económica de las potencias europeas.

El autor de *Los de abajo* es un médico y maestro de provincia que, después del asesinato del Presidente Madero, se unió a las partidas de guerrilleros formadas en los campos e hizo, de este modo, toda la campaña de la sierra.

Su libro es un documento admirable del carácter de estas guerrillas y de estos guerrilleros. Rancheros en rebelión y pre-

sidarios prólugos, indios hambrientos o *curros* (caballeros) escapados de la ciudad. Mezclados los que luchaban por un ideal definido o los que iban a la guerra para enriquecerse con las joyas y riquezas que los asaltos les brindaban. Todos, en tumulto, morían con heroísmo o cobardemente violaban mujeres y asesinaban ancianos.

A pesar de su extensa labor literaria (Azuela ha publicado varios libros sobre la vida campesina y la vida política de Méjico) no era conocido en América.

*Los de abajo*, publicada en España, en la Editorial Biblos, ha hecho fijarse la atención de los críticos en él. La novela está bien construída y, más que todo, admirablemente escrita. Su estilo es de gran vigor pictórico y de intensa dramaticidad.

Recuerda, y la coincidencia es curiosa, la manera de Valle Inclán por la sintética sobriedad de los cuadros y por el rápido desenvolvimiento de la sencillísima trama.

MARIANO LATORRE.